

*Santa María
Magdalena de Pazzi*

SANTA MARIA MAGDALENA DE PAZZI

Rafael M.^a López-Melús

D.L.: M-28.187-1987 • I.S.B.N.: 84-7.770-023-0
Impreso en BIGSA San Adrián (Barna)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla



Su patria y su cuna

Italia se hundía tristemente ante la huella española, y un aire de desorden azotaba los enmohecidos muros del viejo continente.

Florenia se estremecía dulcemente en una atmósfera cargada de notas eróticas y preñada de composiciones epícuras.

Dos de abril de mil quinientos sesenta y seis.

Los Pazzi, ilustres desde hace cinco siglos, pero sobre todo desde la “Conjura de los Médicis” en 1478, viven hoy un día esplendoroso.

En 1559 don Camilo di Gevi de Pazzi contraía matrimonio con la noble dama doña Magdalena María di Lorenzo Buondelmonti.

Dos testigos de su vida, los más allegados, dijeron de ellos:

—“Sus padres eran personas cristianas, de vidas y costumbres muy ejemplares” (Madre Pacífica del Tovaglia).

—“Sus padres eran nobles florentinos, muy buenos cristianos y temerosos de Dios” (Madre Evangelista Giocondo).

En aquel hogar reinaba la paz y la alegría. Sobre todo desde que nació el segundo de los hijos.

Cuatro fueron las flores que brotaron en aquel jardín: Geri, Catalina, Alamán y Baccio. Los tres varones en nada aumentarían la gloria de sus antepasados.

Catalina, por el contrario, eclipsaría, con mucho, las glorias alcanzadas con las armas y el dinero por sus mayores.

Al día siguiente, como correspondía a padres tan cristianos, fue llevada a la Iglesia de San Giovannino, para recibir las aguas bautismales.

Recibió el nombre de Catalina, pero por motivos familiares fue siempre llamada en familia Lucrecia, nombre de la abuela paterna.



“Mamá, hueles a Jesús”

Catalina era impertinente a días y en determinados momentos. Era una niña juguetona, pero otras veces no sabía apartarse de las faldas maternas. Esto era cuando comulgaba.

Su madre cierto día, le pidió la razón de tan enigmático proceder, pues no le cabía en la mente que hubiese tanta impertinencia en una hija de por sí tan buena.

Ella le contestó:

—“Es que hoy y los demás días que comulgas, me hueles a Jesús”.

Como todas las hijas de noble estirpe, sus padres, don Camilo y doña María Laurencia, habían llevado a su hija al colegio de las Paupertinas, para ser educada.

Todos los días había de ir dos veces al Colegio, y llevaba un canastillo armoniosamente adornado, con su merienda.

Al pasar por la cárcel donde se recogen los desechos de la sociedad, le pidieron una limosna. La niña quiso volcar el corazón sobre aquellos infelices, y todos los días acercándose a la reja se les daba toda.

Catalina tenía diez años.

“Aquel Hombre que dijo “quien me coma mora en Mí y Yo en él”, saturaba sus aspiraciones. Ella quería comulgar, quería oler a Jesús.

Por fin, un día hermoso de primavera se arrodillaba ante Aquel Cuerpo y Divinidad, latente en un trozo de pan.

Era el 25 de marzo de 1573.

Como prenda de este primer abrazo con el “Loco de Amor”, con el hijo del Misterio eterno, poco después le consagraba su virginidad.

Desde aquel día un anillo adornaría su dedo, como señal de su místico desposorio.



Modelo de colegialas

Corría el año 1580.

A don Camilo de Pazzi le ha sido confiado el gobierno de la ciudad de Cortona, y ha tenido que salir con su familia de la ciudad de Florencia.

Sin embargo, Catalina ha quedado en el colegio de San Juan de Mata, como interna.

Ella alegre mucho de esta resolución, viendo una ocasión propicia para ejercitarse más en la virtud, lejos de la mirada materna, demasiado solícita para componerla corporalmente.

—¿Cómo era la colegiada Catalina?

—Vivió en este colegio un año y tres meses. Las mismas monjas depusieron de ella para el proceso de Beatificación:

Su oración: “No se puede ser más devota ni más dada a la oración de lo que era aquella niña. Con regularidad consagraba todos los días dos horas a este ejercicio. Con frecuencia iba al coro con nosotras, no sólo durante el día, sino también tiernamente unida a Dios, que se hubiera dicho que le veía de manera sensible”.

Su compostura en el Coro: “Cuando asistía al coro, el respeto la tenía de tal manera inmóvil, que hubiera podido tomarse por una estatua, y el amor que abrasaba su corazón hacía que su rostro tomase el tinte de la rosa, y sus ojos brillaban como relámpagos”.

En todo su porte: “No cesaba de exhortarnos a comulgar con frecuencia, y como ella comulgaba más a menudo que nosotras, arrastraba a algunas a seguir su ejemplo. Tenía al prójimo en tanta estima, que no veía sus defectos y debilidades.

Hablaba poco y siempre a Dios.

Dejándose llevar del atractivo de la humildad, se ocupaba gustosamente en los ministerios más bajos.



Con las manos en la masa

Algo hemos recordado ya en lo que procede de cuanto amaba a Jesús Eucaristía y aún habría que decir mucho más sobre el tema. Basta con esto:

Una de las razones que le indujeron a entrar en el Carmelo de Florencia fue porque allí se comulgaba con más frecuencia que en otros monasterios.

En cierta ocasión, estando haciendo el pan y oyendo el toque de la campanilla para comulgar, lo dejó todo y llenos los brazos de la pasta, fue a recibir el Divino Manjar.

Cuando estaba junto al Sagrario, agobiada por las arideces y sequedades de espíritu, solía decir:

—“Magdalena, qué dichosa eres de estar aquí, como un leño, como un palo seco, como ese candelero, esa lámpara, esa sacra”.

Considerando el excelso amor de Cristo y su sacrificio eterno al quedarse con nosotros para siempre, exclamaba:

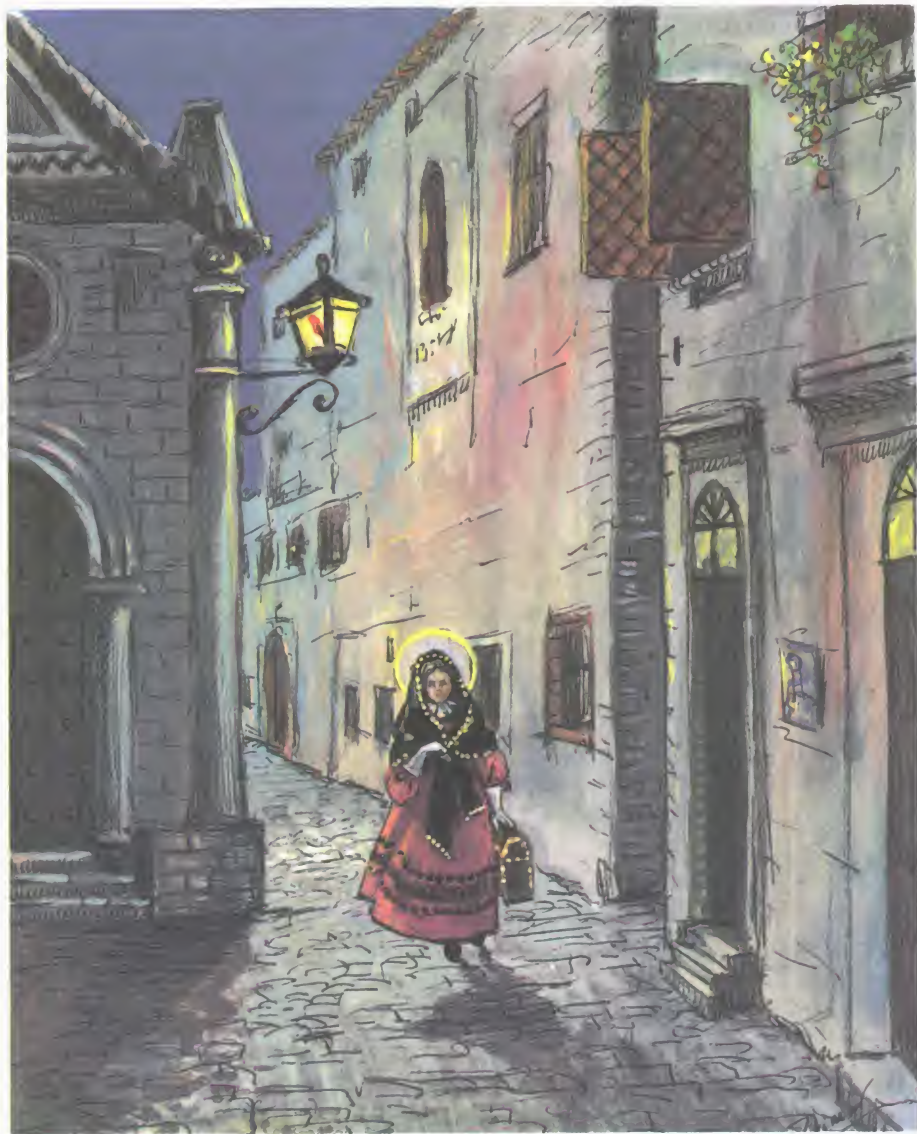
—“El amor, oh Dios mío, te lleva hasta abandonarte a Tí mismo en poder de la criatura, dándole tu Cuerpo y tu Sangre como alimento y bebida. ¿Y por cuánto tiempo? ¡Oh mi Dios, Tú mismo lo has dicho: hasta la consumación de los siglos, y para que la criatura pueda verte no solamente una vez, no una semana, sino siempre!”.

Y contemplando sus excelsos beneficios, repetía extática:

—“En memoria de tu Pasión, oh amabilísimo Jesús, debe recibirse este inefable Sacramento. Dichosa nuestra alma si cuando te recibimos tuviéramos vivo en la mente este recuerdo”.

Sin duda que gustaríamos del Paraíso en la tierra.

“Que utilidad trae tu Sangre, oh mi Dios, al alma que antes de recibirte sacramentado, piensa que has padecido tanto y que has muerto y resucitado por ella”.



Llamada de Jesús

Ya estaba Catalina en la edad de la discrección, en la edad que lo quiere todo y lo espera todo; en la edad en que el “todo” trae un “todo” de desengaños. Tenía 16 años.

Quería ser religiosa, quería entregarse a Dios. Más ¿en qué Orden? ¿Cuál entre tantas sería digna de recibirla en su seno?

Ella nos lo dice:

—“Me gusta el convento de Santa Clara por su pobreza y la aspereza de su hábito.

También me gusta el convento de Santo Domingo, porque las que allí entran no van nunca al locutorio.

Pero prefiero el convento de las Carmelitas de Santa María de los Angeles, porque allí se juntan la perfecta observancia de la regla y el uso de la Comunión diaria”.

Seguidamente de su entrada, todos los deseos se condensaron el próximo día de su vestición de hábito.

Era el 30 de mayo de 1583. Este es el día elegido para su toma de hábito.

Durante las religiosas ceremonias estuvo absorta en Dios, cuya unión mística se estrechaba en aquel momento de modo maravilloso. ¡Bello espectáculo!

Lo más selecto de la ciudad en la nave del templo; sus padres y deudos más cerca de ella; las monjitas formando una corona a su alrededor; el sacerdote oficiante, investido de la competente autoridad; la reverente compostura de la postulante, su cara arrebolada de amor divino, su voz de timbre angelical al pedir, por la misericordia de Dios el hábito de Carmelita.

En aquella hora de inefable ventura ofreció al Divino esposo el holocausto de su alma, vida y corazón, protestando que no quería otra recompensa que su cruz.



Una rara enfermedad

Al verse vestida de monja Carmelita dijo que “amaba tanto aquel hábito de la Virgen que en adelante no podría avenirse al uso de otro vestido”.

En adelante ya no se llamaría Catalina, sino sor María Magdalena.

Sobre su vida observante de novicia, nos dice su Madre Maestra:

—“Sor María Magdalena es mi hija; pero convendría más que fuese mi madre, y yo, que conozco a fondo su virtud y su capacidad, cosentiría gustosa en ser su hija y me consideraría feliz siendo guiada por ella en el camino de la santidad”.

Estas eran las disposiciones de su corazón para su Profesión religiosa y ceñirse más estrechamente a la cruz de Cristo.

Consumida por una terrible enfermedad milagrosa, de la que curó más tarde también milagrosamente, hubo de hacer su Profesión desde una cama colocada en la iglesia a los pies de la Santísima Virgen. De esta forma conmovedora, pronunció aquellas palabras que le hacen derramar lágrimas de alegría.

Seguidamente, fue llevada a su habitación, y allí fue regalada con un maravilloso éxtasis de una hora.

Otro éxtasis más maravilloso, que le duró cuarenta días nos demuestra su unión con Dios y la participación que tenía en los misterios divinos.

Ella misma nos cuenta:

—“No sabía si estaba muerta o viva, si en cuerpo o en alma, si en la tierra o en el cielo, más solamente veía a Dios todo glorioso en Sí mismo, amarse a Sí mismo puramente, conocerse a Sí mismo enteramente, ser capaz de Sí mismo infinitamente, amar a las criaturas puramente, y con un amor infinito ser Uno en unión de trinidad”.



La extática

Muchas veces, embriagada de amor, corría por los claustros del convento y exclamaba:

—“¡Amor! ¡Amor! Que no sois amado ni conocido. Dadme una voz que pueda oírse por todo el mundo para que vuestro amor sea conocido de todos y reine en todos los corazones”.

—“Yo quiero amaros, Jesús mío, y no quiero otro amor que el Vuestro”.

Y el Lunes Santo de 1585 se le oyó decir cinco veces, abrazada a un crucifijo:

—“¡Oh Jesús mío! ¡Ocultadme dentro de la llaga de vuestra santa humanidad!”. Y después fue sumida en un profundo arrobamiento, que ella nos cuenta así:

“Hacía cerca de dos horas que consideraba las penas interiores y exteriores de Jesús, cuando advertí me comunicaba sus sagradas llagas y experimenté en seguida un increíble contento, viendo impresas en mi cuerpo las señales de mi Buen Maestro”.

Estando en otra ocasión en un sublime éxtasis, le dictó el Señor las reglas de conducta que le resumía todas sus obligaciones para con El y para con sus prójimos; las cuales procuró cumplir toda su vida.

Nos encontramos ya en el año 1585.

Magdalena ha gustado de Dios los favores más intensos y los carismas más singulares.

Es la víspera de Pentecostés. Sor Magdalena cae en un éxtasis arrollador, el más grande de los que tuvo en toda su vida, que fueron tantos, que le merecieron el apelativo de “Extática”.

Este le duraría ocho días, desde la víspera de Pentecostés hasta el domingo de la Santísima Trinidad.

El Espíritu Santo descendió sobre ella varias veces y de varias formas: de paloma, de lengua inflamada, de fuego.



La Casa de la Virgen

Así llamaba ella a su convento, “Casa de la Virgen”, “Casa de María”.

Allí fue ella, a su Casa, para consagrarse enteramente a María. Cuántas veces se postraría a sus pies a pedirle fuerzas para continuar allí.

Su profesión quiso hacerla a sus pies, para que ella le guardase desde aquel momento que se ponía en sus manos.

Contemplando este inefable beneficio que le había hecho llamándola a su Orden, exclamaba entusiasmada:

“¡Oh Santa, Sagrada y Gloriosa Virgen María! ¿Quién dará a mi corazón y a mi boca palabras dignas del inestimable beneficio que de Vos ha recibido?

Tan obligada me siento a Vos por la elección que me habéis hecho para vuestro servicio, que aunque todos mis miembros se trocasen en lenguas con que daros gracias, no podría hacerlo dignamente...”.

Es que María era para ella la Madre que ve nuestras flaquezas y quiere remediarlas. Decía:

“Quien no encuentre misericordia en este mundo acuda a María que es fuerte y potente. Quien está en continua lucha, recurra a María que es portadora de la Paz. Quien esté atormentado por el demonio, vaya a María que es la Madre de humildad; pues no hay nada que más acobarde al demonio que esta virtud. Acudan, por tanto, todos a María, pues grande y maravilloso es el poder que el misterioso Jesús concede a su Madre, que a la vez es Madre nuestra”.

Y en otro lugar vuelve a repetir sobre este mismo tema:

“Nosotros navegamos en un mar tormentoso, y por tanto, si no nos fortalecemos con las virtudes de que María nos ha dejado tan esplendidísimos ejemplos, caeremos en muchos peligros; pero si obramos como ha obrado Ella, con gran facilidad, detrás de la luz de esta fúlgida Estrella, llegaremos al puerto de la salud”.



Su vestido

El 30 de enero de 1583, María Magdalena vestía el Hábito Carmelita.

Fue su más bello ideal: Consagrarse a María en la Orden del Carmen, en la Orden del Escapulario.

Le solía decir:

—“¡Oh Reina de los cielos! ¿Qué hay en mí que os haya podido mover a escogerme para abrazar vuestra Santa Orden? ¿Qué honor os podrá sobrevenir de mí, que no soy más que un gusanillo que se arrastra sobre la tierra?”.

“No me causa maravilla que en otro tiempo escogiéiseis santos que enaltecieron vuestra Orden; ni que hoy sigáis llamando a tantos que en ella viven con raro ejemplo de virtud. Lo que me admira es que hayáis querido poner los ojos en mí, que ningún mérito tengo para ello. ¡Ah! Es esto gracia incomparable, honra que cubre mi rostro de confusión”.

Pero a la vez que se sentía indigna de tanta predilección por parte de María, se sentía orgullosísima de vestir su Hábito que le hacía su hija predilecta. Mirándolo no sabía sino repetir:

—“Amo tanto este Hábito, que en adelante no podré avenirme al uso de ningún otro vestido”.

Una alegría inmensa se desprendió de su corazón el día de su toma de Hábito, y el día de su profesión un gozo le dominaba toda, pues se entregaba a Dios en la Orden de la Bienaventurada Virgen del Monte Carmelo.

Durante su terrible prueba de cinco años —que hubo de pasar en el “Lago de los leones”— tuvo horribles tentaciones contra su vocación, pero ella no sabía ni explicárselo.

De todas salió siempre victoriosa por lo mucho que amaba su Hábito que lo era el de María...



Sus obras

Se trata de un caso insólito en la historia de los Santos de la Iglesia.

Ella apenas escribió nada, pero sí habló cosas muy sublimes que los superiores le obligarían a revisar después.

Durante sus éxtasis le señalaron a seis monjas que, por orden, copiaban cuanto ella decía cuando estaba enajenada de sus sentidos...

Terminado el éxtasis le obligaban a escuchar cuantas cosas de ella habían copiado y debía señalar lo que estaba incorrecto o faltara o sobrara...

De este modo, se recogieron, dictándolo ella, las relaciones de los favores celestiales recibidos. Algunas de estas relaciones se tomaron durante los éxtasis de la Santa.

Cinco libros conservan con cariño las monjas Carmelitas de Florencia, que recogen las principales revelaciones y doctrina de Magdalena.

Cinco libros maravillosos, joyas de la literatura mística universal, que reflejan fielmente el pensamiento magdaleniano.

Así se llaman los libros que recogen su pensamiento:

—*Los cuarenta días*-261 páginas.

—*Los coloquios*-926 páginas.

—*Las revelaciones e Inteligencias*-450 páginas.

—*La prueba*-818 páginas.

—*Renovación de la Iglesia*-65 páginas.

—*Avisos, Sentencias, Cartas familiares...*

Un buen conocedor de la doctrina magdaleniana ha podido escribir que las obras de Magdalena “abundan en conceptos sublimes, en visiones profundas, en interpretaciones agudas, en personificaciones vivísimas, en variedad de símbolos y en tantos sentimientos que no es posible desear más...”.



Maestra de virtudes

Su alma era jardín o huerto de virtudes bien florido... Ella las poseía y quería que sus hijas espirituales las tuvieran también... Fue muchos años maestra de Novicias y formó a muchas religiosas en las verdaderas virtudes religiosas.

Tantos éxtasis, tantas revelaciones, tantas gracias y favores recibidos de Aquel Dios Misericordioso del Sagrario, hacía que su corazón se derritiera por El y exclamase, extralimitando el horizonte de lo humano y del sentimiento:

—“Pati et non mori”. “Padecer y no morir”.

Este fue su lema.

Nada le amedrantó; ni las temibles enfermedades, ni las constantes contrariedades, ni aún aquella azarosa prueba de cinco años que la dejó exhausta y la arrebató de la tierra, circundada de gloria, más valiosa, cuantos más fueron sus trabajos para alcanzarla.

Sus milagros son incontables.

Siete años antes de su muerte, siendo Maestra de Novicias, dijo a cuatro de ellas:

—“Vosotras asistiréis a mi muerte”.

Más tarde así se cumpliría el vaticinio.

A una Novicia que fue a pedirle una mortificación, no por ser mortificada, sino por parecerlo, dijo:

—“No son estos los sacrificios que Dios quiere, sino la recta intención y la pureza de corazón”.

Otra religiosa le pidió perdón por una falta cometida, pero no porque lo sintiera, sino porque así se lo habían aconsejado, y la Santa le dijo:

—“Esta contrición no merece perdón”.

Era sumamente devota del Oficio Divino, que decía aprovechaba más que cualquier otra obra por grande que fuese. Jamás dejaba de rezarlo y aunque estuviese enferma, siempre se le veía en el coro con el Breviario en la mano.

Partida y mensaje

Para Magdalena ya iba caminando la tarde a su ocaso. Había padecido mucho, y el dulce horizonte que ocultaba a Dios de la misericordia y del amor se rompía ante su llegada.

Grandes dolores le afligían en su última enfermedad, pero aún tenía las fuerzas suficientes para repetir con un heroísmo no visto en los anales de los siglos:

—“Pati et non mori”. “Padecer y no morir”.

Era natural que las fuerzas le faltasen y la vida le negase su aliento. Y así, una tarde del 25 de mayo de 1607, cuando el reloj marcaba las tres, voló al cielo dulcemente.

Murió a los cuarenta y un años de edad y veintitrés de profesión.

Su cadáver no perdió el frescor y lozanía de su juventud y su rostro parecía de grana y nadie se cansaba de contemplarlo.

Un año después se abrió su sepultura y hallaron el cadáver íntegro y exhalando delicado aroma.

Ocho días después, de sus rodillas empezó a manar un líquido aceitoso y aromado. Duró esta milagrosa destilación doce años.

Fue beatificada el 8 de mayo de 1626, por Urbano VIII.

Fue canonizada el 22 de abril de 1669, por Clemente IX.

Es difícil sintetizar en unas breves líneas su mensaje:

—Su espiritualidad es litúrgica, y es el Oficio Divino y la Santa Misa el centro de sus coloquios y de toda su meditación. Magdalena, vivió en tiempo de la Contrarreforma y, por lo mismo, también a sus escritos les caracterizará este matiz reformista post-tridentino.

—Magdalena, a pesar de su vida claustral, no se olvidará de ofrecerlo todo por la santificación de todos sus hermanos, los hombres, con ansias amorosas de ir a lejanos países para convertir a los que no conocen a Cristo...